

COSAS DEL LENGUAJE

JULIO CASARES

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LOS NOMBRES GENTILICIOS EN EL DICCIONARIO

El veterano escritor, doblemente seudónimo, que tras las equívocas iniciales *U. C. de la A* oculta su nombre postizo, *Un crítico de la Alcarria*, nombre tras el cual se esconde, a su vez, una firma ventajosamente notoria en el periodismo y en la pedagogía, ha emprendido recientemente, como recordarán los lectores, una revisión minuciosa de los nombres gentilicios que figuran en el Diccionario de la Academia.

Habrà quien piense que el objeto de este recuento, cobijado, por cierto, con poca congruencia debajo del epígrafe "Modos y modas de mal decir", consiste en señalar cuán pocos gentilicios conoce la Academia en relación con los muchísimos que sabe y va a ir exponiendo *U. C. de la A*. Yo creo, por el contrario, que al dar generosamente a la publicidad los materiales que ha reunido, sólo se propone *U. C. de la A*. prestar un servicio a la lexicografía española, y particularmente a la labor de la Academia. En este supuesto, me permito hacer las observaciones que siguen:

El segundo artículo de la serie —el primero no lo conozco— se subtitula "Gentilicios de la B", y empieza así: "Ya recuerdo, gentil sevillana, que a usted se debe la primera colección de nombres gentilicios que se publicó en las columnas de *A B C*, y si hasta hoy no he continuado la dulce tarea, ha sido porque asuntos más perentorios han ocupado el espacio que es posible dedicar aquí a estos paliques gramaticales y lexigráficos."

Confieso que al leer que la musa de esta empresa es una "gentil sevillana" (c. p. b.), y que *U. C. de la A.*, sin duda por esa cir-

cunstancia, considera una "dulce tarea" el engorroso recuento acometido, he dudado un momento si sería más discreto no estorbar; pero, como en el mismo artículo citado nos dice *U. C. de la A.* que en cerca de año y medio sólo ha podido publicar una relación de la "a", que habrá de completarse en otro artículo, y media relación de los nombres correspondientes a la "b", lo cual supone, hasta agotar el alfabeto, un número de lustros que probablemente no viviremos ni el autor de los "Modos y modas de mal decir" ni este su devoto lector, voy a permitirme proponerle una fórmula que seguramente facilitaría su "dulce tarea".

Desde luego, no es de esperar que la Academia se decida a admitir cuantos gentilicios se le presenten, mientras no se resuelva de antemano a aumentar en una proporción considerable el volumen de su Diccionario. Hagamos un cálculo aproximado.

Entre ciudades, pueblos, villas y aldeas (excluidos los caseríos) hay en España unas 30.000 poblaciones con su respectivo nombre geográfico, del que puede formarse, si no está ya formado, un gentilicio, por lo menos. Y digo "por lo menos", porque no son los naturales de la capital los únicos que pueden ostentar varios nombres (*matritenses, madrileños y gatos*); se hemos de dar fe al Diccionario de Viada (Madrid, 1901), veremos que los habitantes de Villajoyosa, por ejemplo, se llaman *jonenses, vileros y villajoyosanos*; que los de Segorbe se apellidan *segobricenses, segobrinós, segorbinos, segorberinos y segorbianos*, etc., etc. No sería, pues, exagerado multiplicar por 2 la cantidad antes indicada, lo cual nos daría 60.000 gentilicios a los habría que sumar luego las "nuevas aportaciones" que nos anuncia *U. C. de la A.*, procedentes de las "Repúblicas hispanoamericanas, y hasta de los Santos Lugares". De manera que, aunque tasemos muy por lo bajo estas aportaciones, habríamos de acercarnos a un total equivalente a la suma de todos los artículos que hoy contiene el léxico oficial. Y conste que no hago hincapié en ninguna de las cifras indicadas, puesto, que, aun reducida la lista de gentilicios a una quinta parte de lo que arroja el cálculo anterior, la incorporación de éstos al Diccionario plantea de todos modos el problema del aumento de espacio.

(Continuará)



POR UN MARISCAL DE CAMPO INGLÉS:—El Presidente Truman aparece pronunciando un discurso con motivo de la inauguración del monumento levantado en el Cementerio de Arlington, cerca de Washington, D. C. en honor del Mariscal del Campo, Sir John Dill, Jefe de la Misión Británica a los Jefes de Estado Mayor de las Fuerzas combinadas en Washington durante la Segunda guerra; la estatua, obra del escultor americano Herbert Haseltine, se levanta sobre la tumba de Sir John en el cementerio militar de Arlington, Virginia, donde, según sus deseos, fue enterrado en 1944.

Una hora escasa después de haber el Sr. Truman pronunciado su discurso, sucedió el atentado contra su vida por dos puertorriqueños fanáticamente antiamericanos.—

¿LOS HIJOS CASADOS SE LES
IMPONEN A SUS PADRES?

—ooOoo—

RESPUESTA: Muchos sí, pero no comienzan a hacerlo porque sean casados, o hasta porque hayan dejado la casa paterna. El hijo que considera a su padre muy blando y la hija que permite que sus hijos se desmanden cuando están "visitando la abuela" nunca han superado la noción—que tienen todos los hijos si no se les enseña lo contrario—, de que sus padres existen sólo para su propia conveniencia. Y por muy "desprendidos" que pueden creer que hayan sido, los padres que dejan que crezcan de esta manera, tuvieron miedo de decirles que "no" por temor a perder cariño.